

Si uno se deja llevar por el título, puede pensarse que la casa estaba maldita. Se trataba de un antiguo caserón construido quién sabe cuándo a orillas de un camino que con el tiempo se fue cubriendo de malezas, ya que nadie se animaba a transitar por allí.

Hacía mucho que la gente evitaba pasar por sus inmediaciones y quienes recordaban la vieja edificación —parroquianos del almacén, viejas exageradas, gente gustosa de agrandar cuanto oía— hablaban de extraños movimientos de siluetas en el segundo piso, puertas que golpeaban estrepitosamente y chillidos abominables, inhumanos, que aun a la distancia ponían la carne de gallina y aterrizaraban al testigo ocasional.



Se decía que allí continuaba “viviendo” la siniestra familia Vanderruil, que había morado en la casa hacía más de sesenta años. No faltaba quien asegurara haber visto al menor de los Vanderruil, el jorobado Victoriuss, caminando en compañía de su feroz mastín, el perro desaparecido el día que enterraron a su dueño. Había también un vecino que juraba haber visto al viejo Vanderruil azotando a su esquelético caballo en las cercanías de la casa maldita y hasta decía haber escuchado las estridentes carcajadas del anciano, las mismas siniestras risotadas que los más viejos del pueblo —juraban— le habían escuchado alguna vez.

Así comenzaba el relato.

Después, al escritor se le ocurrió hacer que un niño de once años fuera una noche a investigar la casa, acompañado por una amiguita de su misma edad. ¿Por qué esa desagradable determinación? ¿Por qué meter a dos criaturas en ese sitio espantoso en lugar de recurrir, por ejemplo, a una docena de los hombres más fuertes del pueblo, armados con los elementos adecuados? Y sobre todo, ¿por qué de noche? ¿Qué le costaba al escritor, si

de todas formas se trataba de un cuento, hacer que el niño fuera en compañía de toda su pandilla y durante una mañana luminosa y radiante?

Pero no.

El niño se llamaba Aldo Osvaldo Basualdo y era el hijo número 32 de una familia dedicada a la cría de codornices gigantes de Moldavia, cuyos huevos comercializaba con...

El escritor releyó el párrafo y decidió efectuar algunas correcciones:

Matías Elías Díaz llevaba por nombre el rapazuelo y era el hijo único de una familia que a la entrada del pueblo tenía una casa de venta de anclas para embarcaciones de gran calado. Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera rozaba un riachuelo menor, la familia del pequeño Matías se encontraba sumida en la pobreza. Durante días, los Díaz no probaban bocado y, mientras esperaban el día en que acertara a entrar al negocio alguien interesado en las anclas, entreteníanse escuchando el angustioso ruido de sus estómagos hambrientos...

Los lectores —pensó el escritor—, conmovidos por la penosa situación del niño protagonista y su familia, no van a prestar atención suficiente a la extraña aventura en que se vio comprometido el muchacho. Decidió, entonces, cambiar algunos elementos de ese párrafo.

Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera le pasaba cerca un pequeño arroyito, el negocio de la familia Díaz gozaba de notable prosperidad. Dado que jamás se había visto por allí un barco, todo lo relacionado con la navegación era adorado por la gente de la zona. No había en varios kilómetros a la redonda quien no hubiera comprado un ancla al padre de Matías (el viejo Matías Díaz) para luego colocarla amorosamente en medio del jardín o en un rincón de la sala.

El pequeño Matías iba a la escuela por la mañana. Al lector le interesará saber que en el momento de esta historia el niño terminaba de cursar el último grado de la primaria tras padecer por nueve meses a una maestra apodada “la Cocodrilo”.

Por la tarde el niño ayudaba en el negocio de su padre: confeccionaba el listado de precios de las

nuevas anclas, pintaba pizarrones con las ofertas del día que luego colocaba en la puerta del establecimiento, o bien iba a cobrar a los clientes que habían adquirido anclas mediante el ventajoso “plan de ahorro previo”.

Fue precisamente en una de esas oportunidades en que andaba de cobranza en su bicicleta cuando avistó la Casa Maldita. En ese momento no se animó a acercarse, pero sí tomó la resolución de hacerlo al día siguiente acompañado por su fiel amiguita Irene René Levene. Conocía perfectamente a Irene: aunque la idea la aterrorizaba, aceptaría acompañarlo con tal de no demostrar debilidad.

Al día siguiente, al atardecer, cuando Matías Elías Díaz terminó de ayudar a su padre, él y la amiga montaron en sus bicicletas rumbo a la Casa Maldita.

Eran unas quince cuadras las que debían pedalear los niños, pero demoraron como si fueran ciento veintiocho. Quizá la carga les impidiera andar más ligero: llevaban fósforos, una resortera y una bolsa con piedras. O tal vez el indisimulable miedo tornara lento el pedaleo aunque ellos se dieran ánimo diciendo que seguramente en la casa no habría nada.

Dejaron las bicicletas ocultas detrás de unos matorrales y subieron por una pequeña loma para desde allí observar la casa. Nada parecía moverse en ella y mucho menos los ventanales que en realidad mantenían sus postigos cerrados. Sólo la ventana de abajo estaba abierta a medias y hasta podía observarse el detalle de un vidrio roto (obra del viento, seguro).

Matías Elías Díaz miró esa ventana con detenimiento y apartó la vista cuando pasó por su cabeza la idea de que, de haber alguien en la casa, seguro se asomaría por allí. Un rápido escalofrío recorrió su cuerpo y algo parecido debió ocurrir con Irene René Levene, porque ésta de pronto se aferró al brazo de su compañero ejerciendo en él cierta temblorosa presión. El chico, para dar y darse confianza, afirmó con despreocupado tono:

—Bah... es un caserón abandonado.

—Sí, sí, no debe de haber nada adentro —contestó su amiga—. Lo mejor que podemos hacer es regresar.

Matías Elías Díaz la retuvo de la manga obligándola a quedarse.

Caminaron agazapados hasta la casa, ocultándose de trecho en trecho detrás de las matas de yuyales o de los arbustos que rodeaban al caserón. No había nada que se moviera ni nada se escuchaba, pero precisamente eso azoraba a los niños: la quietud y el silencio daban la sensación de una vaga hostilidad, como si alguien que se mantuviera al acecho vigilara.

Era una casa de dos pisos que siempre debió de tener ese aspecto de cripta, de helada bóveda de cementerio. Las hierbas brotaban entre quebraduras del piso y se adherían a las paredes confundándose con el musgo que trepaba hasta los ventanales. Nadie hubiera podido vivir allí.

A un costado había un pozo seco, como pudo comprobar Matías Elías Díaz al dejar caer por su oscura boca una piedra que tardó varios segundos en golpear el fondo. Luego los chicos avanzaron hacia la puerta de entrada, un ruidoso maderamen apolillado.

Fue necesario que ambos se miraran a los ojos para poder alargar los brazos y empujar la puerta.

El prolongado chirrido de las bisagras pareció, querido lector, el grito agónico de ¡una bestia herida!

El chico apoyó su espalda en la puerta y gritó con toda su alma:

—¡Papá, necesito dinero para comprarme una revista!

—¿¡No ves que estoy trabajando!?! ¿Qué quieres?

—Dinero para una revista.

—¿Te creíste que soy millonario? Basta de comprar esas revistas de porquería. ¿Por qué no escuchas el noticiero en la radio o te lustras los zapatos? ¿No te parece más divertido?

—Quiero una revista.

—Está bien. Dile a tu madre que te dé dinero y, por favor, no vuelvas a interrumpirme, que tengo que terminar esto.

—¿Qué es? ¿Un cuento de miedo?

—Sí, de miedo. Y de ciencia ficción. Transcurre en el año 1990, dentro de 40 años. Cuando termine te lo doy para que lo leas.

—¿En 1990? ¿Cómo vivirá la gente en ese año?

—En realidad son dos chicos que viven en esa época, pero luego viajan en el tiempo y retroceden a 1950. Bueno, anda. Tengo que seguir escribiendo.

El chico salió de la habitación, haciendo chirriar nuevamente la puerta. El escritor pudo continuar.

Mientras se deslizaba hacia el interior, Matías Elías Díaz pensó que dentro de la casa, en la espesa negrura que lo recibía, habría seres horribles, espantosos monstruos, aun peores que esas

